

Mi encuentro con el verdadero Viejo Pascuero

El Viejo Pascuero acompañó mi infancia desde siempre. Esperar su encuentro le dio sentido y llenó de una emoción inolvidable la llegada de los días de calor con los que nace la Navidad en Chile.

Quizás fue por conservar para siempre la esperanza de ver el trineo tirado por renos, que sin alas vuelan más rápido que la mirada de los niños, llevando a todas partes y en un mismo instante su cargamento de ilusiones y encargos olvidados. O quizás fue por defender ese juego de secretos que tejían los adultos de mi familia, que en un diciembre ya muy lejano me trencé a golpes con mi mejor amigo, luego de que sin mediar rodeos me lanzara en la cara algo que para él era una verdad implacable y para mí una noticia inaceptable:

- "Sabí...el Viejo Pascuero no existe..."

Muchos años después, en Suecia, en las proximidades de un diciembre cubierto de la más real de las nieves, me encontré bajando de un tren para iniciar un viaje de trabajo que terminaría siendo uno de los viajes más mágicos de mi vida.

En el andén más helado del planeta, casi congelados, me esperaban dos colegas suecos. Una escritora de la Laponia y un colega de Estocolmo.

Nevaba. Y los caminos estaban flanqueados por murallas de nieve en ambos costados, transformándolos en verdaderos laberintos de hielo.

Aunque eran apenas las cuatro de la tarde, hacíamos nuestro viaje bajo una hermosa noche invernal, pues a fines de noviembre en esta parte del mundo el sol apenas alcanza a darle un beso a la tierra para luego dejar su lugar al reino nocturno del invierno boreal.

En nuestro camino, entre bosques sumidos en el silencio de la nieve y lagos transformados en praderas, paralizados por el frío, conversábamos animadamente, cuando de pronto, medio hundido en la nieve, alcancé a divisar un cartel.

No pude creer lo que estaba viendo. Alcancé a leer clarito: "Al taller del Viejo Pascuero". -"Till Jultomte verkstad"- .

El letrero quedó atrás...Pregunté a mi colega que conducía si lo que había visto un par kilómetros atrás era real. Me contestaron que sí, pero que nunca habían estado ahí.

Les imploré, a nombre de todos los sueños de Navidad de los niños que fuimos y de los que son, que nos dirigiéramos a ese lugar.

Tras dar la vuelta, comenzamos a recorrer un camino que no medí en kilómetros, sino en latidos de mi corazón, el que al igual que en las Navidades de mi niñez, parecía salirse de su centro.

Ahora iba viajando al interior del Círculo Polar Ártico, rodeado de árboles realmente cubiertos de nieve.

Cuanto más nos acercábamos, con más fuerza un sentimiento antiguo renacía en mí. Era la misma emoción que me hacía temblar cuando,

escondido con mis hermanos, esperábamos la llegada de las 12 de la noche del 24 de diciembre y entonces... justo a medianoche... los llamados de los "grandes" al otro lado de la puerta nos anunciaban su presencia: "¡Llegó el Viejito Pascuero.!!!"

Luego de una suave loma, comenzamos a entrar a un pequeño pueblo. En la blancura de sus calles y jardines cubiertos por una densa capa de nieve se levantaban casas blancas de un piso, con nieve casi hasta el borde de sus ventanas.

Siguiendo una hermosa costumbre sueca de poner una lámpara cerca de las ventanas, la nieve reflejaba una luminosidad entre amarilla y anaranjada.

Habíamos llegado...

No bien nos detuvimos corrí hacia la casa más grande, frente a la cual un letrero indicaba que ese era el taller del Viejo Pascuero. En el jardín, un reno escarbaba la nieve en busca de su alimento.

Al asomarme por una ventana, vi dentro a una veintena de personas, hombres, mujeres y algunos niños, con gorros rojos trabajando frente a mesones en los que había diferente tipos de juguetes...*era el lugar, era verdad que existía...*

Tocamos el timbre. Nos abrió una amable señora. La emoción de ese encuentro me impedía articular palabra... Estaba por entrar a la casa del Viejo Pascuero.

Mi colega explicó la razón de nuestra presencia, diciéndole que un amigo venido desde el otro lado del mundo... Yo temblaba con una emoción que llegaba desde cuando la vida sólo era creer y soñar.

Prontamente nos sirvió una café, posiblemente imaginando que mi estado se debía al frío y nos pidió que esperáramos un momento para ver si nos podía atender...

Los minutos que tardó me parecieron horas... hasta que por fin se abrió la puerta.

Entonces, sin mediar mayor ceremonia entró al pequeño hall donde lo esperábamos. Era un hombre muy distinto al abuelo de rojo que todos conocemos. Tendría unos 70 años, alto, de cabellos blancos. Vestía un suéter azul, pantalones del mismo color.

Me extendió la mano, pero sucedió algo distinto... No imagino cuánto se habrá sorprendido, porque al tenerlo frente a mí, me abracé a él como si él fuera el verdadero salvavidas del naufragio de mis ilusiones de niño...

Fue así que lo encontré más verdadero...y su historia más real y más propia de la Navidad que ninguna otra...

Durante la II Guerra Mundial él tenía casi 30 años y trabajaba en el Correo. Horrorizado por las noticias de los bombardeos sobre ciudades donde miles de niños quedaban mutilados, decidió aprovechar su trabajo para comenzar a recoger juguetes en mal estado, los que luego de reparar comenzó a enviar a hospitales de ciudades víctimas de bombardeos... Berlín, Londres y otros lugares destrozados por la guerra.

Cada paquete fue enviado con un sólo remitente; "Polo Norte; con el cariño del Viejo Pascuero".

Una vez que jubiló, las autoridades de la pequeña comunidad donde vive le dieron en comodato una casa y un taller para que continuara su obra. Cuando lo conocí estaba preparando un envío para niños de Nicaragua, que en ese entonces eran víctimas de una terrible guerra civil.

Al despedirme le dije cuánto me alegraba haber encontrado al verdadero Viejo Pascuero. Me quedó mirando y con calma, me dijo: "El verdadero Viejo Pascuero está en todo el mundo, no sólo aquí. Él habita en el corazón de todos los adultos que son felices al dar lo mejor para lograr la sonrisa de un niño en Navidad, que es el mejor lugar donde habita la vida y nace la paz de todos".

Mario Salazar Muñoz
Académico y escritor
educacioncreativa@gmail.com